

Domingo de Ramos: JESUCRISTO, EL MESÍAS OCULTO EN LA DEBILIDAD DEL SIERVO.

I. Felipe Fernández Caballero

II. Sagrada Congregación para el Clero

I. MENSAJE CENTRAL

Cristo, proclamado Mesías por su pueblo, camina hacia el sacrificio de sí mismo; como el Siervo que, en actitud de obediencia total, se dispone a realizar todo lo que está escrito acerca de Él. Elevado sobre la cruz, será reconocido Hijo de Dios por la fe y glorificado por el Padre.

Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)

El silencio de Cristo y su soledad son los dos detalles más señalados en el evangelio de san Marcos. Es el relato que menos palabras recoge de Jesús. El abandono de Jesús es total: los discípulos huyen; Pedro le sigue de lejos; y se siente dejado por el Padre...

La eficacia es hoy uno de los objetivos prioritarios. Y en función de ella se acometen muchos proyectos. Desde esta mentalidad la Cruz aparece como un fracaso y un escándalo. En otro tiempo la cruz se contraponía a la especulación y racionalidad griegas o al empirismo hebreo. Para quienes apuestan por la eficacia y la gloria hoy sigue siendo escandalosa.

LA FE DE LA IGLESIA

“La entrada de Jesús en Jerusalén manifiesta la venida del Reino que el Rey-Mesías llevará a cabo mediante la Pascua de su Muerte y de su Resurrección. Con su celebración, el domingo de Ramos, la liturgia de la Iglesia abre la Semana Santa” (CEC 560; cf. 559. 570).

_ El Siervo entregado por nosotros:

“Este designio divino de salvación a través de la muerte del “Siervo”, el Justo” (Is 53,11) había sido anunciado antes en la Escritura como un misterio de redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado. La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del Siervo doliente. Jesús mismo presentó el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo doliente.” (CEC 601).

El Sacrificio de Cristo, fundamento del perdón de los pecados:

“En la Pasión, la misericordia de Cristo vence al pecado. En ella, es donde éste manifiesta mejor su violencia y su multiplicidad: incredulidad, rechazo y burlas por parte de los jefes y del pueblo, debilidad de Pilato y crueldad de los soldados, traición de Judas tan dura a Jesús, negaciones de Pedro y abandono de los

discípulos. Sin embargo, en la hora misma de las tinieblas y del príncipe de este mundo, el sacrificio de Cristo se convierte secretamente en la fuente de la que brotará inagotable el perdón de nuestros pecados" (CEC 1851; cf. 1992).

_ "Fuera de la cruz no hay otra escala por donde subir al cielo" (Santa Rosa de Lima, vida) (CEC 618).

_ "Y la Iglesia venera la Cruz cantando: ``O crux, ave, spes unica"" (``Salve, oh cruz, única esperanza"). (Himno ``Vexilla Regis") (CEC 617).

Entre un "Hosanna" y un "Aleluya" transcurre la Semana Mayor. El primero por el Rey que llega para triunfar muriendo; el segundo, por el Rey que ha triunfado resucitando".

LECTURAS:

Evangelio 1º "Bendito el Reino que llega, el de nuestro padre David"

Mc. 11,1-10

Nuestra procesión de palmas no es sólo una procesión triunfal, es una marcha de Cristo con todo su pueblo hacia el sacrificio de sí mismo, principio de redención y de vida.

La entrada en Jerusalén es un episodio cargado de simbolismo y de profundo contenido catequético. Viene a ser una verdadera manifestación mesiánica de Jesús.

El que cabalga con dignidad, rodeado de un pueblo que le rinde vasallaje y le aclama, es el esperado Mesías-Rey. Pero el tipo de cabalgadura, cuidadosamente escogida y preparada, habla de modestia y de paz.

No es un rey guerrero que conquista la ciudad de Dios con la fuerza y el poder. Es el rey de la paz que trae a Jerusalén la salvación. La grandeza queda así teñida de humildad y el triunfo viene revestido de debilidad.

Revelación mesiánica de Jesús, exaltación del que ha recibido el "*nombre sobre todo nombre*", pero en el momento en que camina hacia el sacrificio de la cruz en la pobreza y debilidad de su condición de Siervo.

Con Él "*llega el Reino, el de nuestro padre David*". Pero sólo para quienes son capaces de ver y comprender, para quienes reconocen a Jesús como Mesías y Señor en la debilidad e impotencia de la cruz.

Nuestra procesión de palmas no es sólo una procesión triunfal, es una marcha de Cristo con todo su pueblo hacia el sacrificio de sí mismo, principio de redención y de vida.

1. El Siervo a quien el Señor fortalece y sostiene.

Is. 50, 4-7

El relato de la Pasión destaca el vaciamiento total de Cristo, que arranca del poema del Siervo que vamos a escuchar, descripción anticipada de la vida y sufrimientos del Señor

El tercer canto del Siervo, de Isaías, ha sido definido como "salmo profético de la confianza".

La relación del Siervo con el Señor es la propia de un profeta, y se definen con precisión sus rasgos esenciales:

- tiene una lengua obediente que se ocupa del consuelo de los afligidos, y un oído constantemente preparado para recibir la revelación: está en continuo diálogo con Yahvéh;
- el ministerio profético le acarrea grandes sufrimientos, pero no pierde la certeza de la protección de Dios: ella le fortalece, le sostiene y le hace esperar su justificación.

La concepción judía de la retribución consideraba que, en el sufrimiento, Dios no se muestra como amigo del hombre, sino como el que juzga y castiga al culpable. La actitud de escucha lleva al Siervo a percibir una palabra cargada de novedad: Dios está cerca del que sufre, y el dolor tiene para Él un sentido salvífico.

El mensaje recibido lleva al Siervo a asumir el sufrimiento sin rebelarse ni echarse atrás; y, en el sufrimiento, se encuentra e identifica con los que son probados por el dolor. La palabra de aliento que aprende a decir es la de su propia existencia. Su palabra es él mismo: madurado en el dolor, crecido en sabiduría y fortaleza, muestra la capacidad de quien se apoya en Dios para domar el aire avasallador del sufrimiento humano y abrir el dolor de sus hermanos a la esperanza de sus superación definitiva.

Jesús se reconoció a sí mismo en este Siervo descrito por Isaías y fue visto por los suyos como su personificación definitiva

2. "Tomó la forma de Siervo"

Flp 2, 6-11

Un doble movimiento determina el itinerario pascual de Jesús: obediencia a la voluntad del Padre y humillación hasta la muerte de Cruz. El Padre es así glorificado y el mundo salvado.

La descripción del Siervo en su misión terrestre es un boceto sorprendente de la persona de Jesús, de su ministerio profético, de su pasión redentora. Pablo, al recoger en su carta este himno litúrgico a Jesucristo, no ha hecho otra cosa que manifestar cómo en el ministerio de Jesús *"se ha cumplido la Escritura"*, es decir, ha adquirido la plenitud de su sentido.

El poeta cristiano, autor de este himno en su formulación primitiva, ha querido describir el camino recorrido por Cristo, en oposición al recorrido por la humanidad pecadora, necesitada de redención, con tres grandes afirmaciones:

- Cristo poseía la condición divina y, como hombre Dios, pudo manifestarse a los hombres en su condición gloriosa

- Él no dudó en despojarse de su grandeza y vivir la realidad humana hasta sus últimas consecuencias para salvar así a los hombres.

Jesús se ha constituido Siervo por libre elección, Él, que era de condición divina. Para comprender la magnitud de su anonadamiento hay que tener en cuenta el hecho de que "el Siervo" no es aquí tan sólo el Mesías davídico (cf. Act. 4, 27), sino también el Hijo de Dios en el sentido riguroso de la palabra (cf. Fil. 2,7); por esta razón Él es el Justo (Act. 3, 14), el único que puede proclamarse como tal en medio de una humanidad pecadora.

- Solamente después de esa total "encarnación", Dios Padre le ha glorificado de forma incomparable constituyéndole Señor del mundo. La dinámica de humillación-exaltación, que era ya conocida en la tradición bíblica del A. T. (ver Isaías 53, 12), alcanza en Cristo su punto culminante.

En el futuro, todo cristiano deberá tener claro cuál es el camino que ha de recorrer si de veras aspira a participar de la gloria de su Maestro.

Evangelio: Realmente este hombre era el hijo de Dios

Mc 14,1 -15,47

"Los abandonos, las hostilidades, la traición, el drama del juicio y de la muerte, son una revelación sobre quién es verdaderamente Jesús, hasta la declaración decisiva que el evangelista pone en labios del centurión, un pagano: 'Verdaderamente ese hombre era Hijo de Dios'

El relato de la Pasión no es para Marcos una simple crónica de unos acontecimientos, sino que está presidido por una constante preocupación cristológica. Aquí no cabe más que sugerir algunos de sus principales subrayados teológicos:

- El Cristo que sufre la Pasión es el de la confianza ilimitada en el Padre, que dirige y guía todos los acontecimientos, el Hijo que en obediencia se dispone a realizar todo lo que está escrito acerca de Él (14, 21).

- Jesús sabe que le espera la muerte (14, 7-8); la asume voluntariamente entregándose en manos de los pecadores (14, 41), y acepta experimentar el supremo abandono de Dios en el momento de su crucifixión (15, 34).

- *"Todos le abandonaron y huyeron"* (14, 50). Es la respuesta de sus apóstoles y discípulos. Jesús queda absolutamente solo; unas mujeres (15, 40) serán testigos, de lejos, de su muerte

La confesión del centurión (15, 39). Jesús ha experimentado las consecuencias últimas de su "anonadamiento": soledad, abandono de los hombres y de Dios, desvalimiento, indefensión y muerte. En ese momento un pagano le reconoce como Hijo de Dios; se desvela definitivamente el misterio de la persona y

de la obra salvadora de Jesús, aquello que le define en lo más íntimo de su ser: su filiación divina. El que había asumido el sufrimiento sin rebelarse ni echarse atrás y en el sufrimiento se identificó con los que son probados por el dolor, el que "se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos", ahora es confesado Hijo de Dios. La confesión de fe de un pagano es el inicio de la realidad gozosamente proclamada por la comunidad cristiana primitiva: "Toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre" .

HOMILÍA

"Salta de alegría, Sión, lanza gritos de júbilo, Jerusalén, porque se acerca tu rey, justo y victorioso, humilde y montado en un asno" (Zac. 9,9). Este texto del A.T., recogido hoy en el primero de los evangelios, nos ha ofrecido la clave interpretativa de la entrada de Jesús en Jerusalén, que hoy hemos recordado y actualizado. Rodeado de una muchedumbre que extiende sus mantos por el camino o lo alfombra con ramos de olivos, Jesús avanza en silencio. Es el mensajero de la paz, el Hijo de David que trae el Reino. Es el Mesías, el Hijo de Dios.

Una voz del cielo lo había ya pregonado en su Bautismo: *"Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco"*, aunque, a continuación, el Espíritu lo llevara al desierto para ser tentado por el diablo.

Hasta este momento de su entrada en Jerusalén, había rechazado ser identificado como el Mesías y proclamado rey de Israel. Ahora los discípulos, el pueblo y los niños, acompañando al Maestro, atraviesan la ciudad en dirección al templo y gritan sin cesar. *"Hosanna al Hijo de David"*.

Los fariseos le preguntan si escucha y aprueba las aclamaciones, si acepta e que le proclamen Mesías. Deberían estar prestos a oír, a recibir la verdad. Pero es precisamente esto lo no quieren hacer; intentan acallar la voz de Dios que les habla por boca de los niños. Son tan incapaces de captar en profundidad lo que está sucediendo, que Jesús se limita a contestarles: *"Os digo que, si ellos callasen, hablarían las piedras"*.

Si los hombres lo rechazamos, las piedras darán hoy testimonio de Cristo. ¿Por qué? Porque es la última hora, el instante postrero previsto por Dios para que el hombre reconozca en Jesús al Salvador y Mesías. Los que así le hemos aclamado con entusiasmo a impulso del Espíritu, ¿tendremos energías suficientes para seguirle hasta el final de su camino, con todas sus consecuencias?

Con la entrada en Jerusalén comienzan los momentos más densos y dolorosos de la existencia terrena del Hijo de Dios, que son también los momentos de nuestras mayores incoherencias. Es la hora en que le vamos a malvender y traicionar; treinta monedas de plata es su precio, el precio de un esclavo. Es la hora de las negaciones de Pedro y de las nuestras: *"no conozco a ese hombre..."*. Entregado a la condena, nos entrega la Eucaristía, presencia suya en el pan y en el vino transformados, ofrecimiento tantas veces rechazado.

Es también la hora de la más pavorosa soledad. Lo hemos dejado solo en el

prendimiento: *"en aquel momento, todos le abandonaron y huyeron"*. Ha tenido que arrostrar en soledad el juicio ante el sanedrín: *"Pedro lo seguía de lejos"*. Ha estado solo en el juicio ante Pilato: el pueblo, que antes le ha aclamado, ahora grita con fuerza: *"que lo crucifiquen"*. Le hemos dejado solo en el camino de la cruz: *"Al salir encontraron a un hombre, llamado Simón, y le forzaron a que llevara la cruz"*. Y se ha sentido solo en el momento de su muerte, hasta tal punto que ha hecho suyas las palabras del salmo: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Es la hora, por último, en que, "a pesar de su condición divina, se despojó de su rango, pasando por uno de tantos y, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta la muerte, y muerte de cruz"*.

¡Jesucristo muerto en la cruz! Él vino al mundo con la misión de regenerarlo, y para ello hubo de tomarlo sobre sí y sumergirlo consigo en la muerte para, como en la creación primera, sacar de la nada un mundo nuevo para un hombre nuevo. Desde que el Señor ha muerto, el mundo ha quedado renovado y el hombre redimido y salvado. Gracias a Él ahora podemos gozar de vida verdadera a los ojos de Dios. *"Desde que se puso en la cruz el Salvador, dice Santa Teresa, en la Cruz está su gloria y en nosotros la salvación"*. Pero no podemos olvidar lo que también nos dice San Gregorio: *"He de advertirte que no te es posible alcanzar tu salvación si no la quieres tú mismo"*

II. Sagrada Congregación para el Clero:

NEXO entre las LECTURAS

Que un hombre sufra no nos llama la atención. Que sufra voluntariamente y sufra por otro, no es fácil que entre en nuestras categorías comunes. La liturgia de hoy nos mete por los ojos el sufrimiento voluntario de Jesucristo. "En su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz" (segunda lectura). En los labios de Jesús hemos escuchado: "Abba, Padre. Todo te es posible. Aparta de mí esta copa de amargura. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú" (Evangelio). Siglos antes, el siervo de Yahvéh, figura de Jesucristo, había pronunciado proféticamente estas palabras: "El Señor me ha abierto el oído, y yo no me he resistido ni me he echado atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, mi mejilla a los que mesaban mi barba; no volví la cara ante los insultos y salivazos" (primera lectura).

MENSAJE DOCTRINAL

El realismo de la pasión de Jesucristo.

El evangelio de san Marcos es el que con más realismo y hasta con cierta crudeza nos narra la pasión de Jesús. La profecía del Siervo de Yahvéh se ha quedado corta, por más que sus expresiones impresionan al escucharlas: golpes a la espalda, burlas tirándole de la barba, insultos y salivazos. Jesús realiza y vive una pasión física, que sacude todo su cuerpo; y una pasión moral, una pasión del corazón, que enerva y casi paraliza su alma. En Getsemaní Jesús sufre pavor, angustia, tristeza mortal, y es prendido y maniatado con violencia por la gente que vino a él con espadas y palos (14,33-34.46). En el sanedrín, después de ser considerado blasfemo, algunos comenzaron a escupirle y a darle de bofetadas

(14,65). En el pretorio, los soldados romanos trenzaron una corona de espinas y se la ciñeron (15,17). Ahí mismo, le golpeaban en la cabeza con una caña, le escupían y, poniéndose de rodillas, le rendían homenaje (15,19). Marcos escuetamente escribe: Después le crucificaron (15,24). El evangelista termina el relato diciendo: Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró (15,37). Grito de dolor, grito en que resume toda la pasión. Al lado de la pasión corporal, entrelazada con ella, la pasión del corazón. ¿Cómo se comportan los suyos? Judas le traiciona (14,10), Pedro reniega de él (14,66-72), todos los discípulos le abandonan y huyen (14,50). ¿Cómo se comportan las autoridades? Las autoridades buscaban el modo de prenderle con engaño y darle muerte (14,1), pagan a Judas para que traicione a su Maestro (14,11), envían un tropel de gente armada para que prenda a Jesús (14,43), buscan una acusación para darle muerte (14,55), lo condenan como blasfemo (14,63-64), azuzan a la gente para que Pilato suelte a Barrabás y mande a Jesús al suplicio de la cruz (15,11-13), sobre el Gólgota triunfantes se burlan de él (15,31-32). Él, el inocente, es juzgado y condenado. Él, el Señor, es abofeteado por un siervo, escarnecido por los soldados, objeto de burla y ludibrio de la gente. Y sobre todo, Él, el Hijo de Dios, siente en su secreto más íntimo, el abandono del Padre (15,34). Este realismo de la pasión recobra un brillo particular, inédito, si lo observamos con la certeza de que Jesús lo hubiese podido evitar, pero no quiso. Asumió todo el dolor de la pasión voluntariamente, en pleno ejercicio de su libertad, como expresión suprema de su libertad doblegada al amor a su Padre y a sus hermanos, los hombres.

Los frutos del sufrimiento.

El primer fruto se produce en la humanidad del mismo Jesús: "Dios lo exaltó y le dio el nombre sobre todo nombre" (segunda lectura); es decir, su humanidad volvió a la vida, a una nueva vida, y el Padre glorificó su humanidad haciéndola partícipe de la misma vida de Dios. El segundo fruto que los textos nos indican es la salvación obtenida mediante el amor que sufre hasta el heroísmo de la muerte en una cruz: ese amor doliente salva al ladrón que le implora misericordia; ese amor que culmina en un grito impresionante, salva al centurión que reconoce en el crucificado al Hijo de Dios. Esos sufrimientos de Jesús salvaron a Pedro que, enseguida después de haberle negado, rompió a llorar como un niño. En Pedro, el centurión y el buen ladrón se halla simbolizada la humanidad que, a pesar de todo, es tocada por el dedo de Cristo salvador.

SUGERENCIAS PASTORALES

Una soledad acompañada.

En la actual sociedad no son pocas las personas que viven en soledad y la sienten como una pesada losa sobre sus vidas. Los ancianos que se sienten solos, abandonados quizás por su misma familia. Los niños huérfanos, y los abandonados por sus padres a la puerta de un hospital o en el atrio de una Iglesia. Los mendigos que carecen de familia y de techo bajo el cual cobijarse. Los jóvenes que viven "solos" y no pocas veces con angustia los primeros problemas de la existencia: el vacío de sentido, la imposibilidad de un trabajo, la angustia ante el futuro, el escape fugaz y engañoso de la droga, el sexo, el alcohol... La soledad de los inmigrantes, arrancados de sus raíces culturales, de su patria y familia, y no pocas veces maltratados. Estos solitarios forzados, y todos los demás que pueda haber en

nuestro ambiente, tienen que hallar en los cristianos una compañía buena y sincera, una acogida fraterna, una ayuda eficaz, una solidaridad abierta e incluso contra corriente, una compasión verdaderamente cordial. Sepan además éstos solitarios forzados que Jesucristo les acompaña en su soledad y en cierta manera la vive y comparte con ellos; no sólo eso, sino que también Cristo asume y redime su soledad con la suya propia a lo largo de la pasión y muerte en la cruz. Cristo en su atroz soledad se supo acompañado misteriosamente por el Padre, por su madre María, por las santas mujeres... En la más inclemente soledad el hombre ha de saber que alguien le acompaña y reza por él, que Alguien está a su lado.

Confianza en el dolor.

Es una de las maravillosas enseñanzas que Jesucristo nos deja, como una bandera sobre el Gólgota, al hombre concreto y a la humanidad entera. Nadie ha sufrido como Jesús, y nadie ha confiado como Jesús en medio del cruel e inmisericorde sufrimiento. A quien cree, el dolor no le hace perder la confianza. Cuando sufres, ¿cómo reaccionas? ¿Con ira contra la sociedad, contra tu destino, contra el mismo Dios? ¿Con debilidad hasta el punto de ser tentado al suicidio o a la eutanasia? ¿Con estoica resignación ante lo inevitable? ¿Con una confianza madura, grande, llena de fe, luminosa ante el futuro? Dime cómo sufres, y te diré quién eres. A quienes somos cristianos, nos ilumine la actitud confiada de Cristo en su Padre celestial y de cara al futuro.